



«Extracción de la piedra de la locura», del Bosco (Museo del Prado).

LA SOMBRA DE LA MAGIA

EL CASO DE LOS MEDICOS

SOBRE LA PSICOLOGIA ESPAÑOLA Y EL PAPEL DE LA CIENCIA

La condición española es, ciertamente, sinuosa y compleja. Hay en ella un rasgo curioso que bien podríamos rotular como *averoísmo*, en defecto de un término más ceñido, y que consiste en que, para el español, cada parcela de la realidad tiene su haz tangible de «cosa» y su envés inquietante de «misterio». Cuando a uno de los nuestros le cae una herencia imprevista o le toca la lotería, el vecino no se para en barras metafísicas ni se entretiene en cálculos aleatorios; dice, simplemente: «¡Las cosas!». «Las cosas» o «la vida» son, en el lenguaje cotidiano de los españoles, explicaciones últimas y de valor universal que no dejan de tener algo de cabalísticas. Cada español es un

Averroes convencido de buen grado de que hay verdades que sólo enseña la razón y verdades que sólo proporciona la fe: empezando por Santa Teresa y terminando por nuestros tecnócratas.

ción metafórica en la complicada estrategia conservadora del país, trataremos de recoger una serie de testimonios que prueban cómo la ciencia ha sido visualizada aquí siempre de manera significativa-

cuencia con que aquí se adopta ante el hecho científico una postura ecléctica, que convierte al que la adopta en algo así como en un bífrente que *razona* y *cree* al mismo tiempo. Y esto, que no necesita mayor explicación en el caso de, por ejemplo, un Albareda, personaje primariamente religioso, sí la requiere cuando se trata de sujetos más refractarios a la piedad e incluso a la fe en cualquiera de sus formas.

En términos generales, la cuestión supongo que es más complicada. Pero, en cualquier caso, convendría relacionarla con un ambiente en el que el sujeto moviliza su inteligencia, con frecuencia apoyándose en un resorte irracional, basándose en última instancia en un horizonte

JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN

Esta es la base psicológica imprescindible para entender la peculiar actitud hispana ante la ciencia. Dejando aparte la secular polémica —no exclusivamente española, como es sabido— contra las «novedades», y que funciona como dota-

mente ambigua. Frente a cualquier hecho científico hay inevitablemente españoles «razonantes», como los llama Paulino Garagorri, y españoles «metafísicos». Pero eso, en definitiva, es hasta cierto punto normal. Lo que ya es raro es la fre-

EL CASO DE LOS MEDICOS

categorial recibido como un legado indiscutible, que le impide muchas veces distinguir con suficiente rigor entre ideas y creencias, como hacía Ortega. Claro que no se trata de una disposición asumida, sino de una predisposición heredada, de un subsuelo mental en el que se cimentan su concepción del mundo y su idea de la vida, y en el que se prefiguraban, diríamos geológicamente, eso que entendemos por «opinión» o «criterio». Ello explica de paso lo que hay de fosilizado en el bosque de las opiniones españolas, y ayuda a entender el carácter ambiguo de buena parte de nuestras actitudes intelectuales, especialmente de nuestra actitud ante la ciencia.

En la búsqueda de los testimonios anunciados se perfila pronto con carácter propio el caso curiosísimo de los médicos, hoy bastante estudiado como para permitir esta modesta improvisación. A los trabajos de Laín se añaden hoy los de López Piñero, principalmente, y otros de muy distinto valor, que mencionaremos en cada caso, dispersos en distintas publicaciones profesionales y, por tanto, lastimosamente poco difundidos. Nosotros no haremos sino aprovechar esos materiales y comentar algunos puntos curiosos, de cara siempre a nuestro interés primordial: mostrar cómo conviven en la mentalidad española, en síntesis ambigua, posturas contradictorias y a veces excluyentes.

ANTIGUOS PROFESIONALES

Importa empezar señalando la relación entre la ciencia médica balbuciente y los saberes extracientíficos, como la magia y otras formas de pensamiento esotérico. No olvidemos que, como hemos de ver, la Medicina primeriza debe buena parte de su bagaje a los sabios árabes y judíos, es decir, a dos culturas marginadas dentro del país y consideradas incluso enemigas acérrimas. Pero los árabes fueron, en cualquier caso, los iniciadores de una tendencia disciplinaria y sistematizadora en el campo científico general, como en otros terrenos. Ellos introdujeron la alquimia y fueron, en efecto, los iniciadores decisivos de la Medicina hispana sobre la base de una herencia griega entonces universalmente aceptada. Avicena, Hall-Abas, Averroes, Avenzoar y otros muchos se señalaron como maestros de los españoles, y según ha estudiado el doctor Gutiérrez Galdó, actuaron como verdaderos «dueños y señores» de la profesión en nuestro país.

Fuera de ellos, las referencias médicas que encontramos suelen pertenecer al género, generalmente híbrido, de la curandería o, más en general, a lo que vagamente se designa como «Medicina popular».

Cuando el infante don Juan Manuel nos cuenta por boca de Patronio «lo que contedió a un home que era mal doliente» hasta el punto de que los físicos le tuvieron que hacer «una abertura por el costado» para sacarle el hígado y lavarlo «con unas melecinas que había menester», no hay duda de que debemos precavernos contra la realidad de tan fabulosa cirugía (vid. *Conde Lucanor*, XXX). Lo lógico es pensar que debían ser más corrientes prácticas no tan expeditivas, terapias inofensivas en la mayoría de los casos, a base de recetarios más o menos mágicos, infusiones y recuelos conservados por la tradición, soluciones homeopáticas, etcétera. El «arte de curar» parece que se movía entonces en terrenos penumbrosos y no contaba con grandes recursos, aunque sí con buena dosis de fe. Los «balsamos», pócimas, filtros y todo lo demás, si tenían alguna virtud curativa de origen empírico hay que suponer que curaban sobre todo por efecto de una fe ciega, y el hecho es sumamente interesante. La ironía con que Cervantes acoge las posibilidades curativas del famoso «bálsamo de Fierabrás» no necesita mayor comentario. «Es un bálsamo —hace responder a don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte ni hay que pensar en morir de ferida alguna...». «Si eso hay —replicaba Sancho—, yo renuncio desde aquí al gobierno de la prometida insula, y no quiero otra cosa... sino que vuesa merced me dé la receta». Cervantes remata la ironía asegurando al escudero que «con menos de cinco reales se pueden hacer tres azumbres» del maravilloso específico...

En todo caso, parece que la idea popular consistía en que la Medicina era un arte y que otros procedimientos menos artísticos no eran sino recurso extremo. En nuestra literatura abundan los testimonios en que la figura del médico resulta mal parada precisamente porque se aleja de ese arte y penetra el área menos afiligranada de la experimentación ruda y atrevida. El propio Cervantes, en el entremés «El juez de los divorcios», hace quejarse a la cónyuge agraviada entre otras causas, por ésta, que refleja bien la idea comentada: «Porque él (el marido) dijo que era médico de pulso, y remanejó cirujano y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va de decir esto a médico la mitad del justo precio». Es decir, que lo difícil, lo cabal, era el arte de curar, la sabiduría, y no el atrevimiento o la habilidad de que se vale el componehuesos o el sangrador.

La misma opinión refleja Torres de Villarroel —Visiones y visitas de Torre con don Francisco de Quevedo por Madrid— cuando da de los médicos de la época una visión

grotesca, en la que, entre otras muchas cosas sustanciosas de que nos informa, asegura que él no llamaría jamás a un médico, «porque luego que lo imagino empiezo a horrorizarme y me huele el cuerpo a cera y la camisa a cerote. Para morirme no he menester a ninguno...»: he aquí ya lo del «matasanos», tema tan socorrido en nuestra literatura clásica y moderna. Torres alude allí a los químicos y ataca a los comadrones, «mullidores de barrigas, albañiles de medio cuerpo abajo, que trastejan a toda broza» (vid. *Visita octava*).

Ni siquiera la rígida observancia católica era óbice para cultivar la fe en el recetario al uso. Santa Teresa, por ejemplo, consta que sabía de memoria alguna receta contra la parlesia, creo recordar, a

como en seguida veremos. Daré un último ejemplo de la primera de ellas, perteneciente a la época barroca, recogido de los «Comentarios del desengañado», de don Diego Duque de Estrada (*Memorial Histórico Español*, XII, reproducido por Tomás y Valiente). Es el caso que don Diego fue torturado, injustamente, para mayor «inri», y de resultas del bárbaro suplicio del potro y otras calamidades que hubo de soportar quedó con los miembros «contrahechos, encogidos e hinchados», de manera que necesitó cuidadosa recuperación. ¿A cargo de quién? Del propio verdugo, hombre experto, que le aseguró que si se abstenia de recurrir «a cirujanos me (le) pondría sano», lo que procuró con torsiones intrasas, tirones y otros remedios,



Paracelso no era considerado por los españoles como médico en sentido estricto, sino como un innovador genial o como un loco peligroso, según los casos...

base de cáscara de huevo, romero y otros recursos por el estilo, que recomienda con mucho interés a la abadesa de Sevilla. Debieron coexistir, seguramente, dos tendencias: una popular, arraigada con fuerza, y otra de orientación científica, difundida por los médicos árabes y de ascendiente griego,

entre los que figuraba esta receta, que el pobre don Diego conservó en la memoria: «Grasa de hombre, unto de culebra, de oro, de león, de víbora, de ranas por partes iguales, deshecho todo a fuego lento en aceite de almendras dulces, de pericón, de manzanilla, rosado y bálsamo de Oriente». No cuenta don



Ramón y Cajal acompañado de los doctores Achúcarro, Tello, Becerro Bengoa, entre otros.



Son conocidas las protestas del padre Feijoo y las procedentes de los autores que organizaron la famosa «polémica de la ciencia española»...

Diego si tales abastos resultaban fáciles de conseguir en el mercado ni hace mención de su bouquet, aunque cabe suponerlo tremendo.

ARTE Y CIENCIA DE CURAR

Parece que no hay gran diferencia entre el fundamento científico

de los saberes esgrimidos por los físicos árabes y el que fue desarrollándose a partir del Renacimiento en el marco de las nuevas Facultades cristianas. Hipócrates y Galeno se reparten el predominio absoluto de la escolástica facultativa. Es admirable, por ejemplo, la fuerza y el prestigio del galenismo en los pla-

nes de estudio de las Facultades, que he podido consultar y que han sido recientemente publicados por Gutiérrez Galdó. Junto a estos textos obligatorios, resulta pintoresco observar la presencia singular de Aristóteles o de Pedro Hispano dentro del exigido grado de Bachiller en Artes, previo al de Medicina.

Es frecuente encontrar —menos, después de los trabajos rigurosos de historia de la Medicina actuales (Lain, López Piñero, etcétera)— una opinión tan optimista a propósito de la Medicina griega que casi permite imaginar que los árabes comentadores y los hispanos que aceptaron su escuela dispusieron de un material teórico capaz de basamentar una auténtica Medicina. Tal optimismo debe refrenarse, sin permitir que en su valoración influya el prestigio general de la cultura griega. Werner Jaeger —en su «Paideia»— aclaró en buena medida las limitaciones del fisicismo y del empirismo de los «físicos» griegos, y durante la reacción nacionalizadora que siguió al desprestigio árabe, hubo intentos de rechazarlos, como el del médico Gómez Pereira, impugnador de Galeno y enemigo de Aristóteles. Para formarnos una idea cabal de lo que era esta ciencia griega reelaborada, disponemos hoy del excelente estudio sobre Hipócrates de Rosario Sánchez Redondo («Burguense», 8, 1967), en cuyo apéndice se traza un resumen de la influencia ejercida en España por el médico, desde la mención de San Isidoro en las «Etimologías» hasta la curiosa persistencia de la tradición hipocrática en las Universidades, pasando por una copiosa tradición en el XVII y el XVIII. El estudio de Rosario Sánchez, que no es historiadora ni médico, sino lingüista, aporta una información abundantísima sobre la Hipocrática y una bibliografía española del tema que resultan inapreciables para calibrar

—sobre todo a la vista de la traducción directa del «Tratado»— el alcance «científico» de nuestra Medicina oficial en lo que va del Renacimiento hasta el Romanticismo, y la posterior reacción «naturalista» de mediados del XIX, incidente doblemente curioso y de alcances mucho más largos, por venir de la mano de médicos de tanta significación sociológica como Pedro Mata, el novelista, y sus seguidores literarios y filosóficos.

Como marco general que explica muchas cosas en este terreno, no es ocioso recordar el quiebro decisivo que la ciencia experimenta en España antes de cerrar el XVII. La general cautela de los «experimentadores» es un caso particular de la común que constreñía, bajo el peso del espíritu de la Contrarreforma, a los «novadores» de cualquier especie (vid. Maravall: «Antiguos y modernos», por ejemplo). Pero, a pesar de tal limitación de la libertad intelectual, la ciencia comenzó a renovarse, depurándose de lastres espúreos, con anterioridad al «siglo de las luces» (vid. el importante estudio de la señora Olga V. de Queiroz, «La introducción de la filosofía moderna en España», en el que abarca el ámbito general de la recuperación racionalista del país después de la etapa tridentina; también, para una información más concreta, López Piñero, «Introducción de la ciencia moderna en España»). Al parecer, pues, la recuperación científica fue notable ya en el XVII, en el sentido de que «no todos los españoles de antaño quedaron paralizados por la luz de Trento ni molidos por el martillo de herejes», como escribe Garagorri («Españoles razonantes»), a propósito de algunos intentos aislados de liberar los estudios físicos, como el de Juan Bautista Juanini en su «Physica Natural Demonstrativa...».

Pero volvamos a los médicos. Incluso cuando en el XVII se inicia esa importante renovación de la ciencia médica, puede percibirse con facilidad que la herencia extracientífica continúa viva. Este fenómeno parece haber sido, efectivamente, general en la época, y se airea casi siempre a propósito de la discusión en torno a Paracelso, introducido en España por entonces, junto a Silvio, Vant Helmont y otros famosos innovadores. Paracelso mismo no era considerado —y no lo era en rigor— médico en sentido estricto, sino como un innovador genial o como un loco peligroso, según los casos. En 1617, Felipe III ordena en una pragmática que «los profesores de las Facultades enseñen y comenten las doctrinas de Hipócrates y cesen de perder el tiempo en cuestiones vanas e impertinentes», encargando a los rectores las consabidas funciones de policía. Faltó en esta ocasión un cardenal Cisneros para evi-

JEAN-PIERRE MELVILLE, QUE LE HIZO VIBRAR
CON "CIRCULO ROJO", LE SORPRENDERA
AHORA CON "CRONICA NEGRA"

ALAIN
DELON
RICHARD
CRENNA
CATHERINE
DENEUVE

filmax
PRESENTA



¡EN EL EPICENTRO DEL MUNDO
CORROMPIDO DE UNA CIUDAD!

EL CASO DE LOS MEDICOS

tar la hostilidad de los que querían quemar las obras árabes y ordenar su debida conservación (vid. Gutiérrez Galdó, cit.).

Sobre la figura de Paracelso, que tan precisamente ilustra el tipo del médico-mago-alquimista, ha escrito Lain un excelente resumen («Noticias sobre Paracelso»), al que nos remitimos. Pero insistamos en que el caso de Teofrasto Paracelso, como le llama siempre Quevedo, es un bajorrelieve admirable de ese médico con mentalidad mágica que con facilidad se confunde con el mago de decidida vocación científica. La revolución que introdujo en el conocimiento médico se basó, sobre todo, en el talante cientifista con que abordó la explicación del cuerpo humano y razonó sus fallos, aunque sugiera algo distinto, a primera vista, el continente mágico de sus obras. Como ha escrito Eugenio Trias, hay en Paracelso un poeta, un metafórico aplicado en el uso del mecanismo de la semejanza con el fin, que hoy parece inconcebible, de indagar una «verdadera relación entre las cosas». Por eso le tomaron por loco: porque ese procedimiento sólo suele considerarse lícito en el horizonte marginal de lo literario. Pero no achiquemos la cuestión suponiendo suficiente una explicación por el atraso relativo de mentalidades como la suya; se trata de entender, como hace Trias, siguiendo a Foucault, la radical condición «cultural» del individuo. No se puede aislar a Paracelso, a Galeno o a Miguel Ángel y reducirlos a «precursores», «novadores», etcétera. Convendría, en cambio, tomarlos como cifra significativa en el contexto imprevisible del cálculo continuo que es la historia cultural.

El plan de estudios de la modernísima Facultad de Granada contó con una bibliografía obligatoria en la que no se alude para nada a los «novadores» aludidos. Hay, en cambio, en ella, si no he calculado mal, varias menciones de Hipócrates y hasta trece de Galeno, una cátedra de «Filosofía Magna» y otra de «Aforismos». Hay en fin, una noticia terrible o cómica, según la miremos: el 12 de agosto de 1671 se presentaron graves cargos contra dicha Facultad «por los excesos que cometían los cirujanos, barberos y boticarios». Ignoro en qué quedó el pleito.

Parece que la opinión reflejada en la literatura era tan poco favorable a las innovaciones como la sustentada por la jerarquía académica. Quevedo («El sueño de la muerte») sitúa a Paracelso en el Averno, «quejándose del tiempo que había gastado en la alquimia, pero contento de haber escrito Medicina y mágica, que nadie le entenderá». Más adelante maltrata a los médicos en el sentido que antes vimos, y especialmente a la «gran chusma y caterva de boticarios», en un

largo comentario, del que escogemos este ilustrador pasaje: «El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor y acabase en las campanas de la iglesia». Según veíamos, hay en las páginas de Quevedo una severa requisitoria contra los procedimientos clínicos de la Medicina barroca, que resulta curioso comparar con la opinión de Lope sobre el tema del médico, estudiada con detalle en un trabajo de Agustín Albarracín.

LAS «LUCES» Y LA SOMBRA

Parece demostrado que en el siglo XVII los médicos procuran en la medida de sus escasas posibilidades de las «ficciones» seculares del arte de curar, como lo probaría el rumbo experimentalista de la anatomía de la época. Lain lo señala para oponer ese espíritu de modesta renovación a la rutina que invadió las Facultades en el «siglo de las luces». Bien conocidas son las protestas de Feijoo y las procedentes de los autores que organizaron la famosa «polémica de la ciencia española». «Cerrados a la teoría, abiertos a los grotescos e inútiles sistemas, que no hay que confundir con la teoría»: así fueron los médicos del XVIII, incluidos el «mediocre» Martín Martínez y el «hidroterapeuta» Vicente Pérez, que llegó a formar nutrida escuela.

Según Marañón, seguían vigentes y celebrados Hipócrates, Gasend y «los químicos», en un medio ambiente ignorante y falaz, que permitía ejercer de médicos a legos, como el padre Feijoo, el fraile de Veruela, y al polifacético Torres de Villarroel. Sólo salva Marañón al «gloriosísimo» —y, claro está, desconocido— Gaspar Casal, llamado «Hipócrates español» y discípulo de Feijoo, junto al famoso Piquer, autor de un «tratado de calenturas» y maestro indiscutido, según Richard Herr, «de la mayoría de los médicos españoles» de la época, que a fines del reinado de Carlos III había aceptado la tendencia al «experimento metódico y la observación», reflejo cartesiano de quien había traducido a Descartes.

Como en Valencia alrededor de Piquer, en Sevilla hubo también tertulia de médicos con veleidades humanísticas, según es bien sabido. Pero no hay espacio para todo. Sólo consignaré, para alivio del lector, el caso de Domingo Fernández, El Loco, reo de una interesante sentencia de 1715, desempolvada por Tomás y Valiente, que proporciona una idea del estado en que se encontraba la incipiente psiquiatría. Hay en esta sentencia muchos motivos interesantes, pero, a nuestro objeto, recogemos tan sólo el estupendo diagnóstico con que los

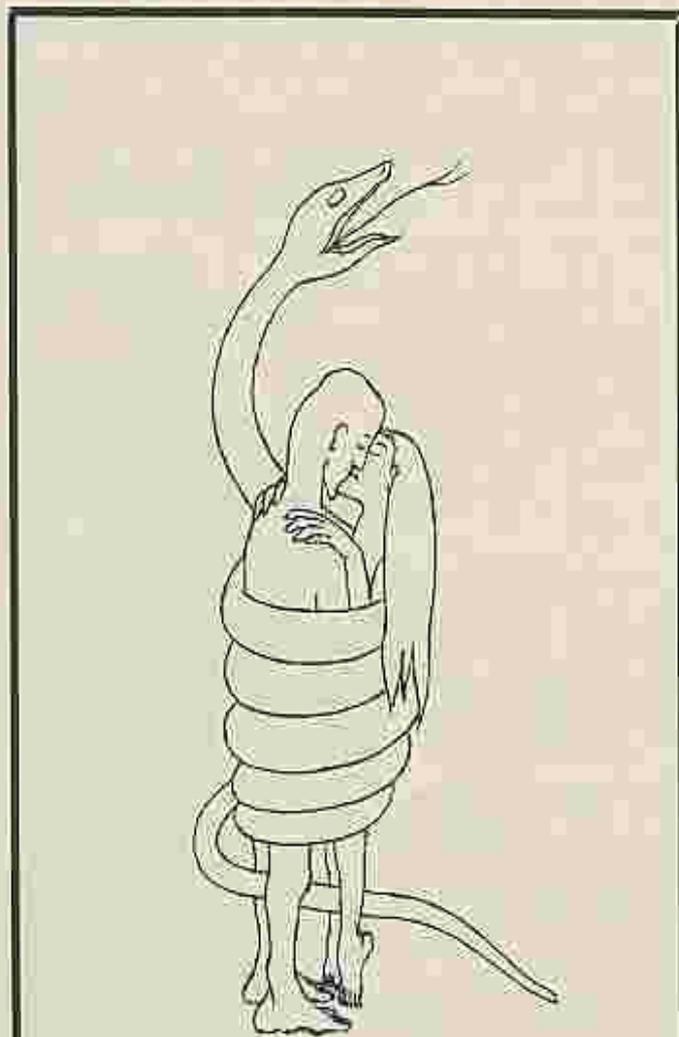


Cada español es como un Averroes convencido de buen grado de que hay verdades que sólo existen la razón y verdades que sólo proporciona la fe; empezando por Santa Teresa y terminando por nuestros tecnócratas.

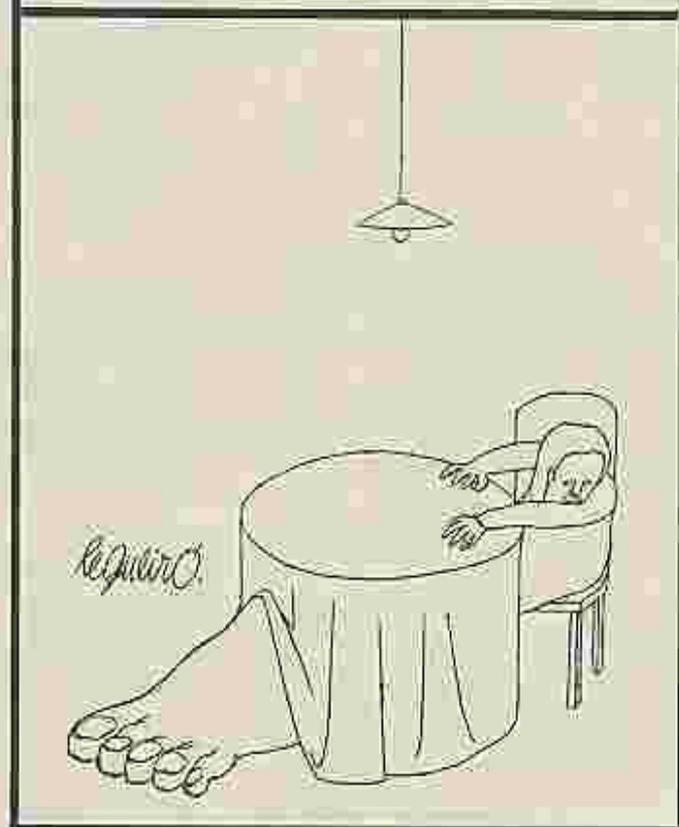
médicos encargados en el sumario de determinar el estado mental del pobre Fernández lograron salvarle de la muerte, aunque no de otros rigores. Es muy simple: «Respondió en razón que «sí» a las preguntas formuladas; por lo cual no cabe certificar de manía formal, sino de una demencia obliviosa la padecía por el rey». En vista de dictamen tan concreto, el Tribunal mandó desmantelar la prevenida horca y dio al «oblivioso» empleo por diez años en las galeras reales.

Es curioso comprobar cómo durante el siglo XIX la Medicina trata de sacudirse el lastre rutinario, sin lograrlo del todo. Salvo algunas figuras eminentes y tardías, del tipo de un Ramón y Cajal, por ejemplo, y un buen número de médicos activos y atentos al movimiento coetáneo europeo, una importante fracción de profesionales sigue apegada al formulismo y a los recetarios anacrónicos. Es cierto que se percibe una atención notable por los avances extranjeros y se trabaja en pro de una mentalidad «racionalista». —el médico parece responder a un tipo conservador, pero cuenta en el XIX con una nómina de progresistas sorprendente; con el insigne Jaime Vireo a la cabeza— aunque no lo es menos que el camino se presenta todavía sin despejar. Un médico —ahora exhumado por los historiadores socialistas— Montau, dirigió una revista, «El Monitor de la Salud, de las Familias y de la Salubridad de los Pueblos», que recomendamos a quien quiera

comprobar cómo era compatible todavía un dignísimo criterio científico y una información a la page con la publicación por capítulos del «Regimen sanitario» de la Escuela de Salerno, código aforístico entablado desde la Edad Media y difundido por Arnaldo de Villanova, en el que pueden leerse consejos como este infatigable sobre las ocurrencias que conviene observar en invierno, y que no traduzco por poder: «Et tunc venereus samel in mente valet usus: Venarum de consilium, si lux patitur...». La impresión es de 1854: Virchow, Darwin, Pasteur, Claude Bernard, Wurtz, etcétera, eran ya moneda corriente en Europa. Es una prueba más de que ni siquiera en el siglo XIX se disuvió la ambigüedad climática del cristianismo hispano. Cajal nos ha dejado una buena pintura de lo que eran los profesores de su tiempo. Pero incluso más adelante, cuando él llega a descubrir la estructura del sistema nervioso y dilucida los misterios de la histología profunda, el país está lleno de médicos homeópatas, de hidroterapeutas fanáticos, de seguidores de la Escuela de Salerno, de profesionales devotos del azufre, del sublimado y hasta de la gallinaza. Es una historia que casi no tiene fin y que no se explica suficientemente con el argumento del atraso relativo, sino, tal vez, proyectándola sobre el fondo complejo de trascendentalismo y separación en que se nutre el espíritu español. ■ J. A. G. M.



Reguero



Reguero